Javier de Viana

¿Compriende?

textos.info
biblioteca digital abierta

¿Compriende?

Javier de Viana

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 7663

Título: ¿Compriende?
Autor: Javier de Viana
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 31 de agosto de 2022
Fecha de modificación: 31 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

¿Compriende?

A Leoncio Monge.

—Hermano ¿cómo es el estilo de aquella décima que cantó el Overito en la reunión de Tabeira?

—No mi acuerdo.

— ¿No es así?

Y Pepe López, apoyado en el mango del hacha, silbó un estilo.

—¿Es ese?

—Puede. No mi acuerdo.

Y cubierto de sudor el rostro color de arcilla, bien afirmado sobre las recias piernas desnudas, Evaristo tornó a levantar el hacha que, con ritmo lento y majestuoso, caía sonoramente sobre el tronco grueso y duro de una arnera.

Pepe López se escupió las manos y continuó embistiendo a su árbol.

Durante un cuarto de hora sólo se oyó el ruido sordo de las herramientos mordiendo la leña viva. El sol caía a plomo sobre la gramilla y las zarzas y los árboles abatidos en el reducido potril. En el contorno, los guayabos, los coronillas, los virarós apretados, estrechadas sus armazones que habían resistido a los zarpazos de los vientos, se inmovilizaban, serenos y nobles, con la tristeza augusta del héroe que va a morir una muerte obscura. Las pavas del monte, escondidas en lo más hondo y obscuro, lanzaban su queja en un canto semejante a un ruego. Muy arriba, en plena luz solar, sobre penachos de los yatays, las águilas permanecían quietas, silenciosas, solemnes, como los últimos representantes de la raza madre en el martillo.

—Hermano ¿m'empresta su tostao pa dentrar en la penca'e Farías?

—No puedo, lo necesito.

—¿Pa matreriar?

—¡Quién sabe!—replicó Evaristo siempre taciturno.

Pepe López meneó la cabeza y siguió hachando.

—¡Me caigo... y no me levanto! —gritó.—¡Siempre ha de haber un ñudo pa un apurao y un bagual pa un maturrango!... ¡Cuasi me desloma este guayabo que se volió pal lao de enlazar como gringo recién llegao!...

Rió, cantó una vidalita, y luego, con el mismo tono irónico y jaranista, preguntó:

—Hermano, a usté nunca lo ha picao una crucera?

—¿Por qué pregunta?

—Pues porque he oído decir qu'el picao por crucera queda azonzao pa tuita la vida!...

Evaristo levantó violentamente el brazo, hizo relampaguear el hacha y la dejó clavada en el tronco del árbol. En seguida, dando un paso, fruncido el entrecejo, lívido el semblante, exclamó en son de amenaza:

—¡No me hable más de la carrera perdida!... ¡Se gana la plata, pero la pasiencia, no!...

Con paso lento, la cabeza alta, la mirada a un tiempo firme y cariñosa, Pepe López avanzó hacia su camarada, púsole sobre el hombro la mano ancha y corta, morena y dura, y díjole con voz casi solemne:

—¡Es por servirlo, hermano!... Yo tamién he sido potro cosquilloso y los primeros lazazos me hicieron espumar de rabia... Dispués, cansao de bellaquiar al cuete, m'entregué mansito, mordí el freno, hice sonar la coscoja... Muchas veces suelo hinchar el lomo, pero ya no corcobeo... ¡En el camino se hacen güeyes los novillos más ariscos!...

—¡Usté sabe mi desgracia!—dijo amargamente Evaristo.

—La sé, y la compriendo... porque he pasao por el mismo paso.

—¿Usté?

—Yo, sí.

—¿Y se conserva alegre y ríe y canta?

—¿Y di ay?... ¿Quiere que llore?

Evaristo ocultó la cabeza entre las manos, y cerrando los ojos, vio desfilar los obscuros episodios de su vida. Recordó cómo y cuándo conociera a Malvina; la emoción intensa al declararle su amor; la frase turbada con que le correspondiera; luego, sus desvíos, sus coqueteos, y por fin la huida con un pardo coquimbo, tocador de guitarra... Su pena, su desesperación y la filosófica frase del padre, el viejo Anacleto.

—Confórmese, amigo; la mujer es como la mosca: ¡lo mesmo se para sobre un terrón de azúcar que sobre una osamenta!...

Y un año más tarde, abandonada por su amante, Malvina tornaba al rancho paterno, y Evaristo, olvidando la falta, se casaba con ella... Él la amaba, la amaba zonzamente... Y ella lo engañaba con... éste... con aquél, con cualquiera que ofreciese satisfacción a su vicioso organismo. Lo engañaba sin escrúpulos, porque tenía el convencimiento de que era un idiota. ¡Todos los idiotas aman de ese modo y perdonan falsías semejantes!...

Pepe López dijo:

—¿Y por qué no la larga, aparcero?

—¿Por qué?—gritó Evaristo fuera de sí;—¿por qué?... Porque el miércoles pasao, al amanecer, cuando iba llegando al rancho, vide al zaino pangaré del sargento Pintos maniao en el palenque y la puerta cerrada!... Hice volar la puerta... él se me fué... lo corrí, escapó, ¿compriende, hermano?... volví al rancho, tenía l'hacha en la mano... le abrí la cabeza, le partí el pecho, saltaron los sesos, la sangre, las tripas... ¿Compriende?... Dispués metí todo en un bolsón de lana, lo cargué con la piedra de afilar, fuí a la orilla'e la barranca en la Laguna Sucia, empujé, cayó... los camalotes se rompieron, el agua hizo gorgoritos... ¿Campriende?...

—Compriendo—respondió Pepe López tendiéndole la mano.

Javier de Viana

Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.